

Nietzsche y la crítica a la ciencia

La manera de escribir de **Nietzsche** no era neutral, sino que buscaba provocar reacciones pasionales en el lector a través de recursos como la exageración, la metáfora o la ironía. Nietzsche no está interesado en transmitir un conocimiento «objetivo» y «des-interesado». Su intención última no es descriptiva o explicativa, sino valorativa y transformadora. Investigar el origen de la tragedia es una manera de enfrentarse a un problema más profundo: ¿cómo debe ser una cultura? Y Nietzsche toma partido: la cultura tiene que estar al servicio de la **vida**, de una vida que es extraña y compleja. Tiene que ser capaz de ofrecer remedios para nuestra angustia existencial sin negar esa extrañeza y complejidad.

En *El nacimiento de la tragedia* (1872), Nietzsche destaca el valor cognoscitivo que tenían los éxtasis experimentados por los adoradores de **Dioniso** en los **cultos** primitivos. Si seguimos ese hilo en el mundo griego, nos encontramos con dos grandes instituciones que también transmitían conocimiento gracias al extravío de la razón: el oráculo de Delfos y los misterios de Eleusis. Los griegos, pues, asumían con normalidad que de los estados alterados de la conciencia surgía cierta clase de **sabiduría**. Vemos pues que la filosofía occidental, ese invento indiscutiblemente griego, hunde sus raíces en un terreno místico e **irracional**. La razón bebe, en su origen, de la sinrazón.

Seguramente su crítica más devastadora es, la que penetra de modo más incisivo en nuestra manera de ver el mundo: la crítica a la **ciencia**. Sócrates es el representante de una nueva mentalidad que cree llegar a los últimos rincones de la realidad gracias a la **racionalidad**. Es el prototipo del «hombre teórico», alguien para el que la vida ya no es, ante todo, digna de ser vivida, sino algo que en primer lugar debe ser conocido. La vida pasa a ser esencialmente un objeto de conocimiento que, como los demás, tiene que someterse a las leyes de la razón y la causalidad. Es en este sentido que Nietzsche considera a Sócrates el primer pensador «científico».

Para el «hombre teórico o científico» cualquier pedazo de la realidad es susceptible de ser explicado racionalmente, esto es, de ser insertado en una cadena de causas y efectos. Con tal fin la realidad entera se objetiva, se cuantifica, se clasifica. La vida en su infinita diversidad recibe el mismo tratamiento. De este modo se niega sistemáticamente todo lo que la vida tiene de irreductible e inasible. En consecuencia, la ciencia es por principio **negadora** de la vida, es decir, **nihilista** (ni- hil significa «nada» en latín).

Así, Nietzsche, insiste en darle la vuelta a nuestra mirada: en lugar de comprender el pasado a partir del presente, nos propone entender el presente desde el pasado. Y, con la perspectiva invertida, desaparecen las certezas con las que ordenábamos el mundo. Grecia deja de ser el origen de un camino ascendente que llega hasta nosotros. Al revés: son los griegos los que nos observan desde las alturas. Y lo más probable es que, mientras nos mira desde ese lugar privilegiado, el pueblo que inventó la tragedia se avergüence de nosotros. Todas las «ideas modernas» de su tiempo, se le aparecerán como signos de declive, como síntomas de una cultura en decadencia.

Friedrich Nietzsche en su obra *Sobre verdad y mentira en un sentido extramoral* afirma: "En algún apartado rincón del universo, donde centellean innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que unos animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la "Historia Universal"; pero, a fin de cuentas, solo un minuto. Tras breves respiraciones de la naturaleza el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer". Con esta perspectiva, el conocimiento es tan sólo un invento de unos animales débiles, aparecidos apenas por un minuto en un rincón del universo. La ciencia, de la que la sociedad se enorgullece, no sería más que un recurso de nuestra debilidad para sobrevivir, para que la naturaleza no nos sacuda como una pelusa de su solapa, sin siquiera detenerse a pensarlo. Por eso, en la misma obra, Nietzsche califica a la verdad como "mentira útil", rechazando así el sentido representativo de la verdad como correspondencia, o el sentido analítico de la verdad como coherencia, junto con el supuesto de que es posible conocer el mundo, como pretenden las ciencias.